

DE LO QUEER/CUIR/CUY(R) EN AMÉRICA LATINA. ACCIDENTES Y MALOS ENTENDIDOS EN LA NARRATIVA DE ENA LUCÍA PORTELA

Queer/cuir/cuy(r) in Latin America. Accidents and misunderstandings in Ena Lucía Portela's narrative

DIEGO FALCONÍ
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
d_libre@yahoo.com

Resumen: Este trabajo busca reflexionar respecto a la sugerente literatura de Ena Lucía Portela y la posibilidad de analizar sus textos desde una perspectiva de los estudios cuir/cuy(r)/queer. Para ello, a partir del relato “En vísperas del accidente” se explora cuál es la comprensión de la autora sobre de la teoría *queer mainstream* y su impacto en la literatura; pero, sobre todo, cómo sus personajes, sujetos sexualmente diversos, se ubican en el tráfico global de las políticas identitarias, problematizando el aterrizaje queer en el tercer mundo. Para ello, y desde la intersección de los estudios pos/decoloniales y las teorías de género, este artículo explora, dentro de la narrativa de la autora cubana, algunos entendimientos, desentendimientos y sobre-entendimientos que ocurren al momento de traducir semántica y culturalmente “lo queer” en América Latina y que, por tanto, permiten ver su pertinencia en la región.

Palabras clave: Literatura cubana, estudios queer, decolonial, género, interseccionalidad, Ena Lucía Portela

Abstract: This paper aims to analyze Ena Lucía Portela's suggestive literature and the possibilities to examine her texts from a *cuir/cuy(r)/queer* perspective. Through the short story "En vísperas del accidente", the author's understanding of mainstream queer theory and its impact on her literary process is explored. But, also, how her characters, sexually diverse subjects, locate themselves in the global traffic of identity politics, which allows discussing the landing of queer theory in the Third World. The intersection of post/decolonial theories with gender studies is the focal point from which some understandings, misunderstandings, and tacit understandings are evaluated in the narrative of the Cuban author, while translating (semantically and culturally) “lo queer” in Latin America.

Keywords: Cuban Literature, Queer Studies, decolonial, gender, interseccionalidad, Ena Lucía Portela

El problemático término *queer* no ha sido “entendido” del todo en América Latina. O quizá se ha “sobrentendido” por demasiado tiempo y es un deber explicar, de modo más frontal, aquello que se ha asimilado sin mayor discusión. Aunque también es probable que su sentido y alcance se hayan “entendido” mejor de lo que muchxs hemos creído, lo que ha provocado una serie de reacciones complejas que solamente ahora se pueden “entender” desde la teoría. Estas distintas posibilidades de comprensión de lo *queer* tensan, una vez más, su significado. Pero, sobre todo, permiten “entender” la complejidad de la región latinoamericana en el diálogo global de las políticas identitarias.

Hace algunos años, uno de los atractivos de la entonces emergente propuesta *queer* (ya inquietante *in situ*) radicó en la “promesa” de que era una teoría contingente (King, 2000: 511), que por tanto invitaba a la revisión radical del término, de la política y de la episteme (análoga y diversamente) *queer* de otros espacios. Y de otros tiempos. Hoy en día que, siguiendo a Fernando Blanco, América Latina y lo *queer* tropiezan la una con “lo” otro para definir una relación en “cuenta regresiva” (Fernando Blanco, 2014: 27), interesa probar qué tan cierta era esa garantía de elasticidad para aplicar en la región “la rareza *queer*” (Rapisardi, 2005: 67), no sólo desde términos sexo-genéricos sino a través de las matrices étnicas, poscoloniales o de clase, parte medular de la construcción identitaria del subcontinente (Cornejo Polar, 2003; Fernández Retamar, 1978; Rama, 1998) a través de posturas latinoamericanistas fundacionales.

Este (des)encuentro de lo *queer* y América Latina, un ejercicio de traducción lingüística y cultural, puede ser analizado desde los textos literarios. En este sentido, me interesa leer a la escritora cubana Ena Lucía Portela, que en parte de su narrativa sintomatiza la “delicada” traducción *queer* en el contexto caribeño y también latinoamericano. Usando un relato en específico, y a través de los estudios de género y de las teorías pos/decoloniales, busco ver cómo los entendimientos, desentendimientos y sobrentendimientos respecto a la teoría *queer* generan posibles pautas para juzgar su uso y desuso, así como sus posibilidades y limitaciones intra y extradiegeticamente.

Faltas de entendimiento necesarias: la tensión de la literatura/teoría queer/cuir/cuy(r) en los escondrijos del texto

En su relato “En vísperas del accidente”, Ena Lucía Portela propone una historia ambientada en el Barrio Rojo de Ámsterdam. La autora hace un ejercicio interesante, una suerte de *paratexto metatextual*. A través de una nota a pie de página, ella utiliza al distrito de la ciudad holandesa, símbolo europeo de la liberación/explotación de la sexualidad para exponer lo siguiente:

Ver nota 15 [...] de “Alguna enfermedad muy grave”. ¡De nuevo aquí! Este cuentecito lo escribí por encargo para una antología de tema queer —esto es, gay, lesbian, bi y/o trans— a publicarse en Canadá.

Es tan breve porque así lo quiso el antologador. Pero cuando se lo entregué, me lo rechazó. No era lo que él buscaba, argumentó, con cierta incomodidad. No le respondí, ni le pregunté, nada. ¿Para qué? Los teóricos de la supuesta literatura queer a menudo buscan militancia, no realismo. Para algunos de ellos ser queer es una cosa muy seria, grave e importante, algo que te hace superior al común de los mortales. (Portela, 2008: 111)

Ubicada en un segundo cuento (“En vísperas del accidente”), la nota nos obliga a trasladarnos a un primero (“Alguna enfermedad muy grave”) creando una suerte de mini catálogo literario y, sobre todo, un hábil manual de instrucciones para empezar a comprender la poética de la autora. En ese primer relato la narradora comenta: “En Holanda (nombre científico Koninkrijk de Nederlanden) me sucedieron muchas cosas interesantes. A lo mejor me embullo y las cuento algún día. Lo del Barrio Rojo de Ámsterdam, por ejemplo, estuvo muy bien [...] Pero no. Ahora no. Otro día” (Portela, 2006: 29).

Es interesante ver cómo esa promesa narrativa presente en el primer relato que se cumple en el segundo, se liga en la nota al pie, como frontera del texto literario que permite, como ya hizo Borges con sus “(para)textos”, plantear escritos que se perciben como “arenas movedizas” (Arbola, 2013: 194).

En el caso de Portela el lúdico ejercicio intertextual resulta jugoso en términos de políticas sexuales, por dos razones. La primera, porque permite analizar cómo un sintomático espacio de liberación/explotación sexual, el Barrio Rojo, se convierte en el eje intradiegético que liga dos escritos ficcionales. La segunda, pues, viabiliza un lugar de enunciación, en este caso extradiegético, desde donde la autora focaliza su expresa e incómoda opinión respecto a la teoría queer —y, es probable, a la teoría en general, pues como señala Chiara Bolognese pareciese que ésta “fastidia” a Portela (2012: 15)—.

Esta curiosa construcción que deforma el relato tradicional (que Ernesto Martínez describiría como “cambiar el lugar de enunciación *queer*” [2013: 113]¹ y que quizá debería traducirse como “tortillar el lugar de enunciación”) me parece que es parte de una estrategia: la de exacerbar el parentesco de los propios textos. Es decir, la nota sirve como mecanismo de filiación que separa lo propio de lo extraño, lo prometido de lo incumplido, lo cómodo de lo fastidioso. En efecto, los textos de Portela, disfuncional familia que comparte una fragmentada genealogía, se contraponen a la palabra queer —escrita en cursiva, remarcando su naturaleza anglo— que se convierte en un concepto repelente, foráneo y ajeno que irrumpe en el texto de la escritora, espacio tan público como íntimo. Palabreja entrometida que además debe ser explicada a sus lectorxs, tanto lxs que la entienden como lxs que no. La nota al pie, de este modo, plantea una pedagógica xenofobia textual respecto al concepto

¹ Estas y todas los textos en inglés han sido traducidos por mí para un mejor “entendimiento” no exento de contradicciones.

referido y subraya la inquietante relación que se establece entre varios posibles binomios: propio/ajeno, realidad/utopía, parodia/militancia, Sur/Norte, escritura de ficción/escritura teórica. Nota al pie que tiene varios susurros teóricos: de lxs hispanistas tradicionales que proponían imperativos lingüísticos de traducción castellana del término para que se entienda lo *queer* (Llamas, 1998); de lxs hispan(oamericano)istas que creaban invisibles y sobreentendidos vínculos entre la traducción lingüística y la cultural del inglés al castellano (Martínez Expósito 2004; Epps, 2008; Mérida 2011); de aquellxs que desde varias áreas proponían que había que desentenderse de lo *queer* en América Latina, pues sus posturas eran inaplicables en el contexto regional sobre todo por su lejanía a los activismos nacionales (Lugones, 2012; Brown, 2010).

Parte de la teoría cuir latinoamericana (aquella que coquetea con la crítica pos/decolonial) ha propuesto como una necesidad —no siempre fácil ni cierta— la traducción cuidadosa y desenfadada, crítica y lúdica en el contexto cultural para poder aplicar el rico aparataje las teorías y las políticas *queer* en América Latina (Ochoa, 2004; Rivas, 2011; Viteri *et. al.*, 2011; Sabsay, 2014) y acaso romper ciertas dinámicas neo/poscoloniales dando mayor albedrío a las teorías gestadas en la región. ¿Contiene la nota de Portela ecos de este reclamo de traducción? ¿O, como Martínez Expósito en el contexto hispano (2004: 23) y Fernando Sancho en el andino (2014: 21), ve la autora a esta teoría como “abiertamente dañina” para la sociedad extranjera de acogida o como una “moda académica”?

Para el análisis de la traducción *queer* en Portela me parece que la de Leticia Sabsay es una sugerente guía de lectura. La teórica propone identificar entre dos categorías al momento de la traducción semántica y cultural. Primero, las categorías de identidad, que sirven para los procesos de comprensión de la subjetividad; es decir, los posibles sujetos individuales y sociales relacionados con la identificación sexual (gay, lesbiana, trans, *queer*, bisexual, etc.). Y segundo, las categorías de campo que son los ejes semánticos y políticos donde las identidades particulares y colectivas (sexualidad, ciudadanía, familia, etc.) se ejercen. Distinción importante porque, para Sabsay, la riqueza y eficacia de la teoría *queer* en espacios poscoloniales ocurre cuando se traduce culturalmente la segunda categoría más que literalmente la primera; es decir, cuando se cuestiona la “universalidad presupuesta” (2014: 56) de ciertos campos de acción como la sexualidad o la familia. Por tanto, pueden y deben traducirse las categorías de identidad *mainstream* (lesbiana, gay, bisexual, intersex) en sus contextos locales (tortillera, cerote, contesta-los-dos-teléfonos, barón ashler) pero es obligatorio desde una postura cuir, traducir las categorías de campo sin asumir, por ejemplo, que la definición de familia es la misma para todas las diversidades sexuales, para todos los cuerpos. Volviendo al fenómeno literario, si ponemos la mira en la propuesta académica y editorial que la nota al pie critica, es difícil saber las razones por las que el editor que invita a publicar a Portela deniega el visado a “En vísperas del accidente”, para que pueda traspasar las fronteras de la escritura “no

autorizada” y llegue al territorio del volumen publicado.² Sin embargo, el esquema de análisis de Sabsay puede generar ciertas productivas preguntas en esta relación de producción literaria. ¿Es posible pensar que la realidad sexualmente diversa mostrada por la autora cubana en su(s) relato(s) se pierde en la no-traducción del editor que no la quiere/puede entender? ¿O es que Portela no llega a traducir los “parámetros” de lo *queer* en su cuento? ¿Qué categorías de identidad o de campo (no) se están traduciendo para que se refleje esta mutua e incómoda repelencia entre editor y escritora? Para intentar responder estas interrogantes, analizar el texto literario es clave.

“En vísperas del accidente” es un cuento que, como sucede en otros textos de Portela (*Cien botellas en una pared*, “Una extraña entre las piedras”), contrapone dos figuras homoeróticas femeninas simbióticas, cargadas de metáforas y estereotipos identitarios que ensamblan una trama altamente simbólica. El relato cronológico tiene tres escenas bastante teatrales (centradas en una noción de espectáculo carnal), en las que sus protagonistas se encuentran en situaciones particulares que echan a andar dinámicas de consumo sexual, obligándolas a hacer una serie de traducciones para que puedan tener cierto entendimiento personal y mutuo. Así, se subrayan varios problemas de comunicación en el tráfico contemporáneo de las sexualidades. Analizo las escenas a la inversa, de la tercera a la primera, para ver momentos en los que la traducción es posible pero también cuando ésta fracasa para exponer ciertos deseos, carencias y fricciones en la narración y en las identidades sexo-genéricas diversas.

Tercera escena. Las falsas presunciones de traducción identitaria. Loca-lizar el sobre-entendimiento

Las dos protagonistas de “En vísperas del accidente” son Jani y la narradora. Jani es una mujer holandesa, blanca, lesbiana y feminista, que es caracterizada como bastante rígida y tradicional. Por otro lado, la narradora intra-*homodiegética* es una joven cubana, morena, que se autodefine como bisexual (“bi”), que es poco consciente (y militante) de sus derechos políticos y que se muestra flexible a experimentar nuevas situaciones. Ambas mujeres comparten una serie de situaciones y, aparentemente, no tienen muchos problemas con la traducción identitaria —lesbiana la una y bisexual o les-bi-ana³ la otra— pues, como señalaba Sabsay, sus definiciones entran en de una economía de sexualidades “a la occidental”, que no encuentra mucha dificultad en la traslación identitaria en época globalizada. Así, ambas se encuentran en un terreno supuestamente estable de equiparación: el de las identidades sexo-genéricas contemporáneas. La sensación de entendimiento universal se

² No se sabe qué volumen es o si existe. Aunque el ejercicio de extrañeza que se marca con la lectura especializada *queer* es lo importante y evidente de este trabajo.

³ Utilizo la forma de les-bi-ana como nomenclatura contingente de las mujeres que pueden deambular entre la identificación lesbiana y bisexual.

exacerba gracias al Barrio Rojo, espacio de tránsito y convivencia de cuerpos de todo el planeta. En esta ciudadela virtual del mundo se suceden las tres escenas que permiten indagar sobre lo que ocurre cuando hay una obligación de traducir.

En este acápite abordaré la tercera —cronológicamente hablando— de dichas escenas que ocurre en una callejuela estrecha del distrito holandés, donde se ubican varios cubículos uno junto al otro con mujeres que, cuando están disponibles para el encuentro sexual encienden, un bombillo rojo. Esa simbología de la luz roja del semáforo hace que las personas que pasen por la calle “frenen” y, posiblemente, entren en ese espacio de consumo del placer si ven alguien que les interese. Las dos protagonistas también se detienen frente a un cubículo y ven a dos chicas rubias que “se besan de verdad [...] con lengua” (Portela, 2006: 114), es decir que aparentemente disfrutaban y no “fingen” (al menos eso cree la narradora) su “verdadero” deseo por la otra. Las chicas de dentro del cubículo, se descubre, son rusas. Una de ellas invita a pasar a la narradora, que tiene muchos deseos de entrar con su pareja: “tres rubias para mí solita”, piensa. Entonces Jani la detiene y le grita “pervertida” (Portela, 2006: 114). La mujer rubia sale medio desnuda, toma del brazo a la narradora y allí se evidencia un peculiar problema de incomunicación. Jani “olvida el inglés y se pone a despotricar en su idioma [el neerlandés]” (2006: 114) reclamando a su novia. La mujer rubia “exclama algo en ruso”, suelta a la cubana y se echa a reír. Y finalmente, ella, la narradora, en medio de la pelea entre su novia y su potencial “contratada”, comenta “no creo que lleguen a entenderse. Yo tampoco las entiendo. Me acomplejo. Suelto algunas palabrotas en español, para que vean estas rubias que también yo hablo un idioma que ellas no entienden” (Portela, 2006: 115).

Esta poderosa imagen de la marquesina sexual, simula un espejo lésbico en el que se reflejan distintas subjetividades aparentemente iguales pero rabiosamente diferentes. Dos “lesbianas” dentro y dos les-bi-anas fuera que al mirarse parecen entenderse pero luego, al hablar, no se entienden y terminan desentendiéndose (es decir, desistiendo de concretar un negocio), explicitando cómo hay divergencias respecto al consumo del placer erótico que dispara, a través del ácido humor de Portela, una serie de alarmas complejas, en un instante donde la *lingua franca* de las tres (cuatro), el inglés, se despedaza, rompiendo también la micro-ciudadanía común.

Shue Mei Shih ha señalado cómo en ciertos contextos transnacionales a menudo hay una falsa “presunción compartida de traducibilidad”, que suspende “temporalmente aquellas inconmensurabilidades que surgen de diferencias geográficas, históricas, culturales, y de otra índole” (2010: 37). Un caso de sobreentendimiento. En el cuento, se muestra esta pertenencia, pues parecería que las tres (cuatro) mujeres podrían formar complicidad en el acto erótico, ya que todas son (medio) lesbianas. La presunción de identidad transnacional compartida (*lesbian/lesbiana/les-bi-ana*), no obstante, se fisura cuando aquel campo de acción, que podría traducirse como ejercicio

de la sexualidad, no considera para la traducción ciertas hipótesis generadas de situaciones geo-políticas más allá de la etiqueta: la(s) mujer(es) rusa(s) inmigrante(s) que se prostituye(n), no necesariamente lo hace(n) por placer o por ser “verdaderamente” lesbiana(s) sino por estar inmersa(s) en un discurso de explotación que alimenta la fantasía patriarcal de objetivar a la mujer rubia del Este; la erotizada mujer cubana que, como inmigrante, está aprendiendo a interactuar en un espacio de permisividad sexual y bonanza del primer mundo, no conoce necesariamente las reglas del consumo corporal capitalista ni de las normativas patriarcales feministas para la relación sentimental con otros cuerpos femeninos; la mujer holandesa, que se articula desde el feminismo primermundista y que no tiene necesidad ni de prostituirse ni de experimentar algo que ha sido parte de su cotidianeidad, no necesariamente quiere entrar en un espacio de consumo y explotación sexual de la mujer, ni en una posible dinámica que alimente deseos que ella lee como patriarcales y poco éticos. Son estas hipótesis el límite cultural del traducible significante “lesbiana”.

Brad Epps, desde una focalización hispan(oamericano)ista y desde los estudios gays, comentaba respecto a la palabra *queer* (y todo lo que ésta representa, cercanía al activismo, revisión desenfadada del lenguaje y la representación, inclusión de identidades, diálogo con “la calle” entre otras), que no tenía modo de entenderse en castellano y por definición en América Latina: “Ahora bien, para que haya una resignificación, apasionada o no, tiene que haber antes una significación” (2008: 899). Esta postura, bastante generalizada, olvida que América Latina no es ni unitaria ni monolingüe. El español es una *lingua franca* hegemónica que comunica, a veces, cosmovisiones diversas; entre ellas la de la diáspora que entra y sale del territorio nacional y regional. Para el teórico, lo *queer* no traducido/traducible no “significa” en castellano porque es una alienación lingüística y política. Él otorga menor grado de alienación a la subjetividad gay (y lesbiana) que a la *queer* pues el movimiento estadounidense/global tuvo a representantes latinxs y se tradujo cultural y lingüísticamente.⁴

En “En vísperas del accidente”, sin embargo, la identidad lesbiana/les-bi-ana es un frágil significante que demuestra la falsedad de aquella presunción compartida de traducibilidad, cuando se enfrenta a ciertos discursos como el de la política internacional. En la nota al pie referida, se usa la palabra *lesbian* (también en cursiva) para mostrar un carácter alienante de esta etiqueta identitaria respecto a la corporalidad y al deseo no heteronormativo. En efecto, y revisando lo propuesto por Epps, la palabra gay(/lesbiana) se tradujo mejor en todo el mundo no por su elasticidad en lo lingüístico y lo cultural o por la representatividad mundial, sino por particulares procesos de globalización y visibilidad de varias identidades que buscaban emergencia —cuestión que, por otro lado,

⁴ Menciona: “la gente de color participó de manera significativa en la revuelta de Stonewall” (Epps, 2008: 915) y asume que la palabra y la política gay tienen raigambre cultural en Hispanoamérica, gracias al momento fundacional de las protestas de Stonewall.

como señala Jyoti Puri, también debe interpelarse para no dar más fuerza a la hegemonía (2008: 59)—. Cabe preguntarse, ante esto, ¿qué hacer con significantes como “lesbiana, gay, *cuir*” que aunque traducibles tienen siempre una sombra de alienación en América Latina?

María Lugones, tan poco adepta a lo cuir, ha señalado que el género es una categoría a decolonizarse (2008). La *lingua franca* castellana no es una vacuna en los estudios gays y lésbicos (y en las denominaciones “gay” y “lesbiana”) que inmunice de la práctica colonial y alienante, pues el género en el tercer mundo se inscribe en rutas de colonización (Shih, 2010) que operan históricamente desde diferentes matrices y con distintas intensidades, sin que el término traducido y *significado* en una lengua “común” sea una garantía de ruptura de presunciones que buscan neutralizar diferencias y hegemonías. ¿Puede ayudar lo *queer* a decolonizar el género o es un artefacto más del mutante capitalismo para la recolonización? ¿Es posible que la palabra y las políticas cuir/cuy(r), no del todo significadas en América Latina, en verdad sí signifiquen de manera productiva? Y en este caso, ¿tiene algún poder el (in)significante extranjero y potencial neocolonizador *queer* para analizar cómo el texto de Portela problematiza identidades transnacionales?

Larry La Fountaine (2002) ha explicado que existen palabras que sin necesitar de la significación *queer*, ya servían para los propósitos de ésta —en América Latina, por ejemplo, “loca”—, que obligan, siguiendo a Marcia Ochoa, a “loca-lizar” el discurso con más agudeza. Loca-lizar puede definirse como “implicar las trayectorias entrecruzadas y transnacionales que subyacen al actual entorno político y social en el cual se encuentran ‘las locas’ [...] destacar que la llamada ‘globalización’ es un proceso muy local y contingente” (La Fountain-Stokes, 2004: 241). El “acierto” de la palabra *queer*, carne de cañón que evidencia la colonialidad del género, es que llega a América Latina como anglicismo neocolonial que debe interpelarse, y que de hecho, muchas veces, se interpela. Pero que, de paso, revisa al resto de teorías y traducciones también cortadas por la tijera colonial (por ejemplo a través del complejo tutelaje España/Hispanoamérica que invisibiliza categorías de identidad y de campo alienantes). Por esta razón, Felipe Rivas menciona la traducción de “lo *queer*” (usando el “lo” como “metáfora lingüística de la indeterminación y confusión analítica que subyace en los textos y publicaciones que se han avocado a ‘pensar lo *queer* en América Latina’ [2011:3]) como una posibilidad “de resistencia y localización estratégica frente a procesos de normalización de lo gay y lo lésbico tanto en las lógicas del sistema neoliberal (mercado gay), como en la institucionalización de un discurso estatal multiculturalista” (Rivas, 2011: 25). Así, las teorías y políticas *queer* con su extranjería e importación, como sucede en el texto de Portela, encienden luces rojas que permiten que las corporalidades sexualmente diversas frenen y miren a sus macabros alter egos reflejados en curiosos espejos para revisar categorías asumidas. Sin que por ello pasen de largo sin mirar lo cuir.

Por ello, en el texto aparece una pulsión constante, una necesidad de loca-lizar el término identitario, de *caribeñearlo*, de que la narradora llame “Mamita” y “Gata siamesa”, a la novia holandesa y a la prostituta rusa, respectivamente, para dar una visión sobre la equiparación corporal que no se conforma ni con la designación *lesbian* ni con la traducción de la RAE de “lesbiana”. En esta traducción que, como se verá más adelante, no se limita a lo semántico, radica la posibilidad y el inevitable malentendido que subraya un lenguaje neocolonial, supuestamente común en espacio sexo-genéricos diversos. Es en esta coherencia (¿“cuirencia”?) de dudar de las categorías de campo a través de las categorías de identidad, ambas recurrentemente coloniales, donde lo cuir tiene sentido.

A través de las “palabrotas” proferidas en “cubano”, que desconocen (o reconocen de otra forma) al inglés como *lingua franca* se subraya en el cuento la imposibilidad de llegar a un entendimiento en un espacio de sobre-entendimiento. No obstante, esas “malas palabras” en el texto no se expresan de modo explícito sino que solamente se enuncian, articulando una forma convencional (un castellano “neutro”) para que la autora se entienda con sus lectorxs en el relato. Esta contradicción de la narrativa de Portela (la de querer defender una diferencia tercermundista y sudaca, pero esconder el cubano en un español más vehicular) revela cómo identidad y lengua son parte de un sistema de múltiples opresiones y libertades en la actuación subjetiva transnacional en el contexto latinoamericano.

En la compleja marea contradictoria que plantea esta tercera escena, la loca-lización, aunque inestable, sirve para que la inconmensurabilidad de cuerpos y deseos (y los modos de habitarlos) tuerzan al relato subjetivo globalizante tanto para la categoría (lo) *queer* como para aquellas gay y lesbiana que no garantizan que ciertos sobre-entendimientos viabilicen representaciones jerarquizadas.

Segunda escena. Lenguajes del cuerpo que creen entenderse: el tamaño tortillero y herido de la soledad

La segunda escena del cuento relata el paseo de la narradora y Jani por las famosas vitrinas del Barrio Rojo, escaparates que exhiben a mujeres semidesnudas ante la mirada atenta de los transeúntes. Una de las mujeres mostradas a través del cristal:

[...] se vira de espaldas, se baja la tanga y les enseña el culo a un rebaño de viejitos —y de viejitas—, quienes la contemplan extasiados y la vitorean en francés. Jani y yo nos besamos en la boca sin que nadie se ofenda por eso. La exhibicionista del culo —trigueña más oscura que yo, quizá hindú o árabe, preciosa— nos tira un beso que se me antoja solidario. (Portela, 2006: 113)

En este momento carnavalesco y múltiple, inicialmente podría pensarse que la solidaridad con la joven trigueña se refiere a la condición de lesbiana

o de mujer de Jani y de su novia, pues encuentra en ellas un punto de fuga en el que reconstruir una subjetividad objetivizada, convertida en un maniquí del sexo. No obstante, nuevamente aparece un problema de comunicación en el relato que permite pensar un itinerario distinto.

Jani luce algo incómoda, nerviosa [...] Por otro lado, su feminismo hace que juzgue la pornografía y la prostitución como actividades denigrantes para la mujer. En mi opinión, lo denigrante y mierdero es que ella se considere superior a mí y a la mayoría de estas chicas sólo porque no tuvimos la suerte de nacer en Holanda. Sé lo que Jani piensa, aunque no lo diga. Yo tampoco hablo. ¿Para qué? Nunca nos entenderemos realmente. (Portela, 2006: 113)

De esta cita compleja me interesa, en primer lugar, constatar cómo el lenguaje corporal es un código que se comparte muchas veces de modo fragmentario. El beso que la mujer lanza desde el escaparate hacia las otras dos mujeres, que también se besan, es recibido por una de ellas (la latinoamericana) no sólo como un gesto de solidaridad que tiene que ver con una identidad sexo-genérica; ese beso es aceptado y comprendido, sobre todo, por razones de etnia, economía y clase que presumiblemente se comparten. Es decir, es un beso interseccional que junta subjetividades periféricas ubicadas en una franja jerárquica inferior (mujer del tercer mundo, empobrecida, no feminista) respecto a otras subjetividades nacionales y regionales que se posicionaron históricamente como superiores (mujer del primer mundo). Y que rompe la supuesta universalidad del gesto.

En este fragmento, donde el Barrio Rojo nuevamente se muestra como lugar virtual de encuentro (o lugar de encuentro virtual) hay un detalle interesante: el cuerpo de la mujer en la vitrina, en tanto que emisor, permite la comunicación corporal entre tres tipos de receptores. Así, quienes celebran el uso del cuerpo femenino desde el patriarcado (las personas que vitorean), quien cuestiona la explotación del cuerpo desde el feminismo (Jani, que se incomoda) y quien busca una empatía corporal y afectiva con un cuerpo análogo sin una ideología definida (la narradora, que interpreta el beso) forman parte de un particular fenómeno comunicativo. En él, no obstante, solamente los exponentes del patriarcado y el feminismo expresan externamente sus pensamientos y sentimientos, sea a través de los vitoreos o por medio de un gesto de incomodidad. La narradora, en cambio, permanece en silencio, saboreando de modo distinto ese beso e imaginando ciertas adscripciones con ese cuerpo.

De esta forma, el beso (y el cuerpo que lo emite) tampoco puede traducirse de modo universal. En este caso como liberatorio. Cada beso, como cada lenguaje, tiene códigos, dialectos, tonos que toman sentido en su aterrizaje cultural. Éste en particular tiene un sabor agridulce pues quien lo da está atrapada en una jaula transparente. Mary Douglas ha analizado cómo momentos carnavalescos donde se muestra “el abandono del control corporal en el ritual, responde[n] a los requerimientos de una experiencia

social” (Douglas, 1996: 78), cuestión que posibilita pensar cómo las formas y gestos en realidad se descontrolan en un matriz bien estructurado que permite su comprensión, ya que de otro modo el descontrol no tendría eficacia social. Esto se relaciona con la performatividad de género como “repetición obligatoria de normas anteriores que constituyen al sujeto, normas que no se pueden descartar por voluntad propia” (Butler, 2002: 66) pero que a través de “apropiaciones queer” intentan efectuar una “expropiación” (Butler, 2002: 66). ¿Cuál es el gesto que controla a los cuerpos y da pie a su legitimidad social en encuentros transnacionales? ¿Se puede expropiar ese gesto?

Pedro Lemebel en una de sus crónicas, “El beso a Joan Manuel”, relata cómo roba un beso a Serrat, el cantautor hispano-catalán. Un beso que busca interpelar al artista y a ciertos movimientos de la izquierda internacional por haber cantado a todos los que merecían dejar de sufrir opresión, sin ciertas consideraciones de género. Comenta Lemebel: “Pero nunca nos dedicó ninguna estrofa, ningún estribillo, como si los maricones no existiéramos, nos exilió del universo poético de su canto” (2000: 131). El personaje Lemebel, rodeado de estudiantes fervorosos de izquierda, exagera ese beso (que aparentemente sí ocurrió) como parte de una poética de la transgresión en un tráfico caótico de cuerpos: “mi beso será un recuerdo prohibido, como una luna sodomita que arañó su mar” (Lemebel, 2000: 133). Una escena altamente teatral, catártica, que revela ciertas formas de control ideológico en círculos supuestamente contraideológicos y que usa una figura internacional como enganche. El beso canalla, marica, exagerado, reafirma que el lenguaje del cuerpo no es universal, es un gesto de expropiación, en este caso que le roba a la izquierda tradicional hetero-patriarcal la posibilidad de articular un “hombre nuevo”.

El beso volado descrito por Portela es similar. Debe recurrir a la narración superlativa, a la elipsis que detiene el tiempo, para falsear la creencia que los cuerpos y sus modos de enunciación son iguales. El beso de la *stripper* responde a un lenguaje performativo, parte del cliché del espectáculo sexual. Señala de mujer triplemente exotizada (desde el género, la etnia y la clase) que se desvía a través de una imaginada pero real complicidad: la de la interseccionalidad de cuerpos que tienen menos privilegios. Allí se cuarteja una idea de gesto natural, que sirve para intuir algunos mecanismos de control sobre ciertos sujetos migrantes o exotizados y su deseo de liberación en espacios primermundistas.

En este sentido, Braidotti y su interesante propuesta de “identidad nómada”, de “patrones estacionales de movimiento más que rutas fijas” (1994: 22), tiene potenciales y límites que tienen que ver justamente con el privilegio: “se ha criticado a Braidotti por la impostación elitista propia de la figuración nómada: esta transgresora de fronteras de lujo tiene múltiples pasaportes. Su transgresión no se la puede permitir la emigrante sin papeles” (Amorós, 2004: 68). Justamente, esa performatividad sexo-genérica de ser mujer migrante, sexuada racial y geográficamente, que es

silenciosa pero que no calla del todo, busca hacer pensar en nuevas formas de ciudadanía que sin ser nómadas del mundo puedan romper con algunas cargas identitarias en espacios transnacionales. Es decir, que permitan traducir ejercicios liberatorios como el de la teórica italo-estadounidense, pero entendiendo las estructuras impuestas por el mundo capitalista posindustrial para el tercer mundo. Esta traducción sirve para pensar las categorías de campo en las que se inscriben las categorías identitarias y no caer en la nefasta trampa globalizadora en la que el carnaval maquilla un orden de cuerpos y gestos.

En esta misma línea, hay algo profundamente inquietante, casi molesto, respecto a la escena narrada. El beso que genera la pasión y la solidaridad es el de la *stripper*. El beso que de modo simultáneo Jani y la narradora “tienen” es en verdad un simulacro. Si la traducción es un reto de entender a la alteridad, de dar una versión legítima de ella, ¿cómo puede ser que la cercanía corporal *in extremis* no dé cuenta de la conexión erótica? Probablemente por otro gesto: la narradora está segura que su novia la ve con condescendencia. Walter Mignolo ha denominado como “herida colonial” al “sentimiento de inferioridad” (Mignolo, 2005: 14) performativizado constantemente por varios cuerpos en el contexto latinoamericano en este juego de miradas donde el sujeto del Sur traduce al ojo del Norte. En la geopolítica del género así se crea una mirada neo-gay-colonial, un control homonacionalista (Puar, 2007) de una imaginaria OTAN lésbica, que consagra “un complejo modelo de globalización que se reduce, en el nivel sexual, a una falsa oposición entre liberación sexual y opresión sexual” (Halberstam, 2005: 38). Para la narradora, que quizá sobre-interpretará, Jani se ve a sí misma como la libre/liberadora que promueve la liberación de la mujer; y la ve a ella y la “mujer maniquí” como oprimidas/opresoras que apoyan la gestión patriarcal, reflejando esa corta mirada hegeliana de la Historia, del progreso eurocentrado, como brújula del mundo en clave sexual. Jani no puede traducir la solidaridad en términos materiales pues su esquema de liberación le impide ver su propia posibilidad opresora. Ahí está la imposibilidad de que el beso logre la intimidad pues es un gesto que simbólicamente tiene muchas heridas. Por ello que la narradora busque a una tercera persona que no necesariamente va a entenderla pero que quizá la puede traducir mejor, como ciudadana desde la estratégica periferia.

El beso de la narradora es silencioso. Sin embargo es un gesto que habla con sxs lectorxs en otra clave y que, por tanto, no calla. Cornejo Polar, por ejemplo, criticaba el “elegante sofisma” de Spivak, de imposibilidad de habla del subalternx pues en realidad “los no-subalternos no tenemos oídos para escucharlo, salvo cuando trasladamos su palabra al espacio de nuestra consuetudinaria estrategia decodificadora” (Spivak, 2003: 150). La tensión de hablar/escuchar que señala el necesario tropezón comunicativo aparece en esta escena, siendo necesarios puentes diferentes en el diálogo transnacional, pero sobre todo nuevas rutas dialógicas que rompan esquemas determinados y que liberen de roles

determinados a ciertas subjetividades. Esa distancia geopolítica que delinea al sujeto y que produce malos entendidos fue enunciada en clave latinoamericanista y patriarcal por parte de Gabriel García Márquez. En su discurso de entrega del Nobel señalaba entre América Latina y Europa la existencia de una distancia inconmensurable que se medía subjetivamente: “el tamaño de nuestra soledad” (García Márquez, 1989: 326). Portela, de algún modo, retoma sus ideas aunque las ficcionaliza en clave tortillera y corporal. La mujer del tercer mundo se muestra así como malinterpretada, alejada y susceptible corporalmente respecto a aquella del primero, no por lo geográfico sino por su mala traducción corporal. Aunque hablando y callando estratégicamente.

De esta manera, muchas mujeres del tercer mundo, sexualmente diversas y con varias contradicciones, deben usar la narración ficcional para enunciar en sus cuerpos el tamaño tortillero y herido de la soledad, como modo de pérdida de la traducción de los mecanismos de control y de instauración de la subjetividad. Y aunque importunar ciertos triunfos del concierto internacional de cuerpos diversos (algunas veces también liberadores para cuerpos tercermundistas) no es apropiado, la soledad resentida que no se dice pero se piensa es fundamental. El beso silencioso de la narradora, así, plantea una acción: sin desentenderse del todo de ciertos procesos globalizantes es necesario buscar otras coordenadas aún desconocidas e imaginadas de diálogo. Nuevas rutas que *marimacheen* los gestos y astutamente expropian del mercado global un modo único de expresión de los cuerpos sexualmente diversos.

Escena primera. No entender para desbordar lo queer

La escena primera se conecta con la escena final del cuento, ensamblando así una narración circular. En ella Jani va a su carro pues olvidó su teléfono celular y la narradora, mientras tanto, entra en un *sex shop*. Encuentra unos tubitos blancos “largos y curvos como colmillos de elefante” y pregunta al vendedor cuál es su uso y él responde: “para ejercer dominio, poder, control” (Portela, 2006: 111). Sin entender su función corporal específica, ella insiste: “para qué sirven”. El hombre le muestra unos dibujos que indican su modo de empleo. Ella responde: “¡Acabáramos! ¡Conque era eso! Ya lo hice antes, en mi país, sólo que sin tubitos, con más esfuerzo. Es lo que pasa cuando una vive en el subdesarrollo” (Portela, 2006: 112). No se llega a saber a ciencia cierta qué eran esos tubos ni para que servían. Así como tampoco averiguamos con qué estrategia, artilugio o tecnología corporal la narradora realizaba un acto parecido en Cuba. Si en el anterior acápite, la narración cerebral era la que completaba a la imagen del cuerpo, en esta es el dibujo el que completa a la palabra escrita para superar el problema de incomunicación y para localizar una altiva voz subdesarrollada. Son las lagunas del texto las que celebran una “riqueza

del no entendimiento”,⁵ pues a través del equívoco y de la falta de información que debe rellenarse es posible ver cómo las experiencias análogas del placer no pueden ser cooptadas por un discurso de verdad sexual mediado por el consumismo. En este caso, que las tecnologías sexuales que rompen la naturalidad de las experiencias eróticas no solamente provienen del primer mundo industrializado sino de la humana y diversa posibilidad de crear sentido a través del maleable poder del cuerpo. El “no entender” y el “entender a su manera” se vuelven herramientas fundamentales para cortocircuitar esa noción vertical y arrogante, encarnada por el vendedor, que desde una aplicación del método cartesiano (un dibujo ya realizado) y un distendido discurso foucaultiano (poder, control, dominio), aunque valioso para el análisis teórico, termina encausando un modo de hablar de las experiencias sexuales sin atender las localidades y su ubicación en el jerárquico espacio globalizado.⁶ Una monopolización de las categorías de campo, desde la teoría, que la autora busca desconocer.

La narradora finalmente compra los tubos blancos. Además compra esposas y estupefacientes. Y menciona: “Pago en *cash*. El tipo lo guarda todo en una bolsa de plástico rojo, y me la da. No me advierte que esos tubitos, en combinación con la ira, las drogas o la mera torpeza, pueden ocasionar a la víctima un daño permanente, e incluso la muerte. No es asunto suyo, vamos” (Portela, 2006: 112) (Cursiva mía).

Me detengo un momento en la caracterización de la narradora pues da una lectura muy diferente al cuento y a la metáfora que presenta respecto al entendimiento de lo *queer*. A lo largo del relato aprendemos que ella es un sujeto “raro”, que probablemente le gusta el sadomasoquismo, que en Cuba alguna pareja sexual la llamó “jodida enferma” (Portela, 2006: 112) y que, como ya comenté, en Holanda es percibida por su novia como una “pervertida” (115). Mujer poco afín a cualquier coherencia política que prefiere “flotar sobre la superficie de las cosas” (113); que disfruta del porno y la explotación de cuerpo femenino. Extraño personaje que no le da mucha importancia al amor, pues

⁵ He elaborado el concepto de entendimiento/desentendimiento en el artículo “La leyenda negra marica. Una crítica comparatista desde el Sur a la teoría *queer* hispana” (2014), aunque referido a la tensa relación poscolonial entre América Latina y España, y a ciertas prácticas lingüísticas que globalizan la experiencia de la diversidad sexual. Específicamente a través de la palabra “entiendes” que en España se asume como sinónimo de ser sexualmente diverso y que no necesariamente se “entiende” así en el resto de países que tienen al castellano como uno de sus idiomas. En América Latina el “¿entiendes?” hispano puede ser “¿come arroz con menestra?”, “¿contesta con ambas manos?”, etc.; demostrando, así, la necesidad de que el diálogo que define esa búsqueda de complicidad de la diversidad sexual, no puede ser asumida como un contrato entre España y Estados Unidos, por ejemplo, que tiene obligaciones con América Latina debido a la uso de una misma *lingua franca*. De allí que mi propuesta sea desentender ese entendimiento *queer* Estados Unidos/España para que lo cair/cuy(r) sea verdaderamente productivo y legible para la región.

⁶ El dibujo, que no es realizado por él sino que es parte de un “método” también permite caracterizar al personaje desde una lejana teoría.

aparentemente no está prendada de Jani aunque la considera “muy bonita” (Portela, 2006: 113) y, con cierta indiferencia/automatismo, ve su futuro junto a ella cuando dice: “si por fin el Parlamento aprueba lo del matrimonio gay, me casaré con ella” (Portela, 2006: 113). A pesar de su aparente desparpajo y simpatía, termina siendo solitaria y prepotente, cuestión que se revela cuando ella misma concluye: “está bien, reconozco que hacer química conmigo no resulta para nadie” (112).

De este modo, la narradora no solamente busca entender cómo funcionan ciertos juguetes sexuales para dar cuenta del euromonopolio de la sexualidad; tampoco besa a su novia y mira a la otra por la sola razón de buscar, silenciosa y estratégicamente, un metafórico diálogo Sur-Sur; ni intenta entrar en una cabina de sexo público para desenmascarar la falibilidad del término lesbiana. Esos reclamos políticos son daños colaterales, pues ella hace todo esto porque encuentra una elaborada exquisitez en la perversión, en disfrutar de los poco convencionales lenguajes del cuerpo. Se articula, así, “políticamente” desde la transgresión a las prácticas corporales “políticamente” correctas.

El cuento termina con la molestia por parte de la narradora: “estoy enojada, MUY enojada, aunque por el momento me cuido de mostrarlo” (Portela, 2006: 115). Está molesta con Jani porque la exotiza y la cela. Por ello, con los juguetes comprados (las drogas, los tubitos blancos, las esposas) va a vengarse, cómo no, a través de ciertas cuestiones que se sobreentienden en el diálogo transnacional de cuerpos. “Será fácil convencerla para que se deje esposar. Estoy segura de eso. Y después los tubitos. Esta noche pretendo lucirme ¿No dice Jani que soy una pervertida? ¡Pues ya verá lo que le espera!” (Portela, 2006: 115). Esta venganza que se promete y que no llegamos a presenciar, que rompe el silencio, da el título al cuento: “En vísperas del accidente”. La narradora desde que dejó Cuba estaba “mal de la cabeza” (112). No obstante, asume ese lugar, el de la perversión, el de la abyección, por la designación de Jani. Lo que ancla, por tanto, a la perdida y descentrada narradora es su loca-lización, o sea el lugar que el poder hegemónico le da y que ella asume como espacio estratégico y posicional para ejecutar ejemplarmente sus acciones.

Arrizón comenta: “El cuerpo queer aparece en la traducción, ocupando espacios específicos y modificando compromisos lingüísticos, culturales y políticos” (2006: 159). La narradora, como ente negociador de la sexualidad interseccional, como sujeto que sin ser subalterno tampoco es transnacional, ocupa este espacio de frontera, que, no obstante no puede ser traducido directamente como *queer*, aunque varias de sus propuestas (crítica al esencialismo, reivindicación de la indeterminación sexual, crítica a la nacionalización del cuerpo raro, estética desenfada y paródica) si tuviesen una adscripción política desde el género probablemente serían cuir.⁷ En este sentido, María Amelia Viteri analiza

⁷ Su crítica pudiese “entenderse” mejor con el feminismo de la diferencia o a la *queer critique of color*, que busca un lugar en las interseccionalidades que con el feminismo tradicional, por ejemplo.

desde la antropología cómo la identificación *queer* de latinoamericanxs en Estados Unidos, “pueden silenciar nociones de ‘latino’” (Viteri, 2014: XXV) que, sin embargo, tampoco se quieren mantener intactas por parte de los sujetos implicadxs. Por ello, ciertas personas utilizan estrategias que ella llama “desbordes”. Es decir, construyen “fronteras [bordes] al mismo tiempo que las desmontan” (Viteri, 2014: XXIII). La noción de desborde de género, de hacer que las categorías identitarias no sólo se ubiquen en la frontera sino hagan de ese un lugar de deleite y exceso que sobrepase la definición y el campo *queer* tradicional, es vital para analizar ciertas subjetividades contemporáneas. La narradora del cuento, ente foráneo, tercermundista, fronterizo y perverso se ubica en un límite tortillero donde construye los particulares límites subjetivos que ella misma desborda con su crítica.

De este modo, ella (que no tiene nombre), que metafóricamente simboliza la subjetividad latino-bollera que busca adscripciones para desmontarlas, marca una diferencia con Portela. Efectivamente la narradora de “En vísperas del accidente”, más ambigua que su creadora que define tan claramente lo *queer* y no quiere traducirlo, nos invita — celebrando la propia perversión— a esposar, drogar e incluso matar lo queer. A hacerle una serie de advertencias localizadas y a usar tácticas paródicas y lúdicamente violentas para hacer caer en cuenta de los necesarios e inevitables accidentes que esta teoría (en realidad todas las teorías) deben tener hasta que el tráfico colonial tenga otras prácticas, circuitos y epistemes más éticas.

Creo que Portela, sin embargo, en su relato plantea una hipótesis del entendimiento. Traduce, como para que nadie entienda, Holanda por su nombre científico *Koninkrijk de Nederlanden*. No traduce palabras como *cash*. Traduce tres espacios, Holanda/Ámsterdam/Barrio Rojo, como uno. Ejercicios que recuerdan que el entendimiento humano a veces es posible, a veces es medio posible y a veces es imposible. Porque los senderos comunicativos generalmente ya están trazados pero también, y en ocasiones, se los puede redibujar estratégicamente en la ficción. Por ello, concluyo que la ética de la autora radica en esforzarse por traducir, por intentar entender aunque finalmente no se entienda. Un ejercicio de desborde del entendimiento, que de hecho, es parte de la construcción de un lenguaje autorial propio en la literatura.

De este modo, en “En vísperas del accidente” más que traducir efectivamente las categorías de identidad o las de campo se subraya el caos generado por las constantes traslaciones entre lo local y lo global, la Mamita y la lesbiana, la soledad herida y el cuerpo universal, la misteriosa tecnología tercermundista y el sofisticado juguete sexual del primer mundo. Ejercicio de una poética donde lo único y verdaderamente seguro es el extravío, en el que el desentendimiento difumina cualquier atisbo de solidez respecto a la categorización sexual pero donde ciertas identidades periféricas no pierden su protagonismo y promesa de acción. La narradora obtiene su carácter, no tanto por ser un personaje ambivalente e

indefinido corporalmente (como sucede en otros trabajos de la autora, *La sombra del caminante* por ejemplo, donde Lorenzo/Gabriela articulan una subjetividad única y doble), sino más bien por sus confusiones y desentendimientos respecto a ciertas imposiciones del Norte que buscan *queerizar* lo que desde antes ya era raro. Su localización cuir no radica en asumir términos en la economía global de consumo de identidades sino en ese esfuerzo del personaje de malinterpretar las contingentes teorías y políticas *queer*(/feministas/gays) en la falsa y humanizada globalización. Ese depurado ejercicio es su contribución a los estudios cuir.

Un editor cuir/cuy(r)/sudacuir no sólo que daría la bienvenida al cuento de Portela tal como está, sino que seguramente Portela encontraría en un volumen les-bi-ano, un compendio que ayudaría a sobrellevar con cierta compañía la rareza y la soledad, para suturar mejor las heridas coloniales, para acercar —quizá con besos— la teoría y la ficción, o para conciliar por breves instantes el compromiso político y la representación. Aunque, más allá de escenarios demasiado ideales, en el proceso de traducción actual de la teoría *queer* en América Latina, los accidentes y malos entendidos, como demuestra el texto más que el paratexto de Portela, son un modo de dar la bienvenida con beneficio de inventario. Un modo de advertir que, en contra de lo que dice el refrán, ciertos lúdicos juegos de manos (al menos en la escritura de teoría y de ficción) no son de villanos sino parte de la estrategia contemporánea pos/decolonial ensamblada con el género para que teorías, políticas y volúmenes *made in* el Norte dialoguen (se exciten, callen, griten, giman, hablen) de modo distinto en/con/desde América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, Celia (2004), "Filosofía y sujetos emergentes en la era de la globalización", en Birulés, Fina; Peña Aguado, María Isabel (eds.), *Passió per la llibertat. A passion for freedom*. Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 63-77.
- ARBOLA, Antonio (2013), "Ovillos críticos y laberintos (para)textuales. La nota inasible de Borges", en *Romance notes*, vol. 53, nº 2, pp. 193-202.
- ARRIZÓN, Cecilia (2006), *Queering Mestizaje. Transculturation and Performance*. Michigan, The University of Michigan Press.
- BLANCO, Fernando (2014), "Queer Latinoamérica: ¿Cuenta regresiva?", en Falconí, Diego; Castellanos, Santiago; Viteri, María Amelia (eds.), *Resentir lo queer en América Latina. Diálogos desde/con el Sur*. Barcelona, Egales, pp. 27-43.
- BOLOGNESE, Chiara (2012), "Jugando con la otredad. *La sombra del caminante* de Ena Lucía Portela", en *Cartaphilus*, nº 10, pp. 14-20.
- BRAIDOTTI, Rosi (1994), *Nomadic Subjects. Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*. Nueva York, Columbia University Press.

- BROWN, Stephen (2010), “‘Con Discriminación y Represión No Hay Democracia’. The Lesbian and Gay Movement in Argentina”, en Corrales, Javier; Pecheny, Mario (eds.), *The Politics of Sexuality in Latin America. A Reader of Lesbian, Gay, Bisexual, and Transgender Rights*. Pittsburg, University of Pittsburg, pp. 86-102.
- BUTLER, Judith (2002), “Críticamente Queer”, en Mérida, Rafael (ed.), *Sexualidades transgresoras*. Barcelona, Icaria, pp. 55-79.
- CORNEJO POLAR, Antonio (2003), *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural de las literaturas andinas*. Lima, Celacp-Latinoamericana Editores.
- DOUGLAS, Mary (1996), *Natural Symbols*. Nueva York, Routledge.
- EPPS, Brad (2008), “Retos, riegos, pautas y promesas de la teoría queer”, *Revista Iberoamericana*, nº 225, pp. 897-920.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1978), *Nuestra América y el Occidente*. México, Unam.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1989), “La soledad de América Latina”, en *El coronel no tiene quien le escriba. Cien años de soledad*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. 321-327.
- HALBERSTAM, Judith (2005), *In a Queer Time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*. Nueva York, University Press.
- KING, Katie (2000), “Global Gay Formations and Local Homosexualities”, en Schwarz, Henry; Sangeeta, Ray (eds.), *A Companion to Postcolonial Studies*. Oxford, Blackwell Publishers, pp. 508-519.
- LA FOUNTAIN-STOKES, Larry (2002), “Dancing La Vida Loca. The Queer Nuyorikan Performances of Arthur Avilés and Isabel Marrero”, en Cruz Malavé, Arnaldo; Manalansan, Martin, *Queer Globalizations: Citizenship and the Afterlife of Colonialism*. New York, New York University Press, pp. 162-175.
- LEMABEL, Pedro (2000), “El beso a Joan Manuel”, en *Loco Afán. Crónicas del sidario*. Barcelona, Anagrama, pp. 131-133.
- LLAMAS, Ricardo (1998), *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a la homosexualidad*. Siglo XXI, Madrid.
- LUGONES, María (2012), “Queerizando lo decolonial”, Conferencia magistral, Coloquio Pensando lo queer en América Latina, 26 de octubre de 2012, Quito.
- _____ (2008), “Colonialidad y género”, en *Tábula Rasa*, nº 9, julio-diciembre, pp. 73-10.
- MARTÍNEZ, Ernesto Javier (2013), *On Making Sense: Queer Race Narratives of Intelligibility*. Stanford, Stanford University Press.
- MARTÍNEZ Expósito, Alfredo (2004), *Escrituras torcidas: Ensayos de crítica “queer”*. Barcelona, Laertes.
- MIGNOLO, Walter (2005), *La idea de América Latina. La Herida colonial y la opción poscolonial*. Barcelona, Gedisa.
- MÉRIDA, Rafael (2011), “Queerencias: Literaturas hispánicas y estudios LGBTQ”, en *Lectora*, nº 17, pp. 9-13.

- OCHOA, Marcia (2004), "Ciudadanía perversa: divas, marginación y participación en la 'localización'", en Mato, Daniel (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, pp. 239-256.
- PORTELA, Ena Lucía (2008), "En vísperas del accidente", en *El viejo, el asesino, yo y otros cuentos*. Doral FL, Stockcero, pp. 111-115.
- _____ (2006), "Alguna enfermedad muy grave", en *Alguna enfermedad muy grave*. Madrid, Kliczkowski, pp. 11-35.
- PUAR, Jasbir (2007), *Terrorist Assemblages. Homonationalism in Queer Times*. Durham, Duke University Press.
- PURI, Jyoti (2008), "Gay Sexualities and Complicities. Rethinking the Global Gay", en Ferguson, Kathy; Mironesco, Monique (eds.), *Gender and Globalization in Asia and the Pacific: Method, Practice, Theory*. Hawai, University of Hawai Press, pp. 59-79.
- RAMA, Ángel (1998), *La ciudad Letrada*. Montevideo, Arca.
- RAPISARDI, Flavio (2005), "Raras teorías del sur. Una experiencia de diversidades y desigualdad político sexual", en *Revista Orientaciones*, nº 9, pp. 53-75.
- RIVAS, Felipe (2011), "Diga 'queer' con la lengua afuera: sobre las confusiones del debate latinoamericano", en *Por un Feminismo sin Mujeres*. Santiago de Chile, Coordinadora Universitaria por la Diferencia Sexual, pp. 59-75.
- SABSAY, Leticia (2014), "Políticas queer, ciudadanía sexuales y decolonización", en Falconí, Diego; Castellanos, Santiago; Viteri, María Amelia (eds.), *Resentir lo queer en América Latina. Diálogos con/desde el Sur*. Barcelona, Egales, pp. 45-58.
- SANCHO, Fernando (2014), "Desencuentros con lo queer/cuir", en *Cartón Piedra*, nº 127, pp. 20-23.
- SHIH, Shue Mei (2010), "Traduciendo el feminismo: Taiwán, Spivak, A-Wu", en *Lectora*, nº 16, pp. 35-57.
- VITERI, María Amelia (2014), *Desbordes: Translating Racial, Ethnic, Sexual, and Gender Identities across the Americas*. Albany, State University of New York.
- VITERI, María Amelia; SERRANO, José Fernando (eds.) (2011); Vidal-Ortiz, Salvador "¿Cómo se piensa lo queer en América Latina? Presentación del dossier", en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, nº 39, pp. 47-60.